

CARA HUNTER

# FUEGO EN OXFORD

Traducción de Gemma Deza



DUOMO EDICIONES  
Barcelona, 2022

*Para Sarah,  
porque todo el mundo necesita un alma gemela.*

04/01/2018 00:55 h

**Metraje grabado con la cámara de un casco, bombero Fletcher, Servicio de Extinción de Incendios y Salvamento de Oxfordshire**

*Incidente en Felix House, en el número 23 de Southey Road, Oxford.*

*El metraje empieza con dos camiones de bomberos aparcando en una calle de una zona residencial. Las casas son grandes. Está oscuro. Sirenas, destellos de luz.*

MENSAJE DEL CENTRO DE BOMBEROS

A TODAS LAS UNIDADES:

Incidente con personas involucradas. La llamada a emergencias advierte de la posible presencia de cuatro personas en la vivienda. Dos adultos y dos niños.

OFICIAL AL MANDO:

Recibido. Estamos sobre el terreno. Incendio importante en la planta baja.

*La cámara se desplaza hacia la derecha y vemos una casa por cuyas ventanas superiores, a la derecha, sale humo negro, y en cuya planta inferior se ve fuego. En la calle, media docena de transeúntes y vecinos observan la escena. Se oyen gritos, más sirenas. Llega un coche patrulla. Los bomberos sacan escaleras de mano, desenroscan la manguera y se ajustan los respiradores.*

OFICIAL AL MANDO AL EQUIPO:

Ninguno de los vecinos ha visto a la familia. Necesito dos hombres con respiradores en la primera planta para efectuar la búsqueda.

OFICIAL DE CONTROL DE ENTRADA

CON RESPIRADORES:

Recibido. El equipo Alfa 1 se está preparando para entrar.

*Las llamas resultan claramente visibles a través de los paneles de vidrio de la puerta principal. El equipo Alfa 1, comandado por el bombero Fletcher y equipado con aparatos de respiración, avanza por el camino de entrada hacia la casa. Colocan una escalera de mano en el lado izquierdo. Fletcher asciende por ella, manguera en mano. Sonidos de voces amortiguadas e interferencias de radio. Respiración pesada en la máscara del respirador. La cámara pasa por encima del alféizar y muestra la habitación. Humo denso. El haz de luz del frontal del casco barre de izquierda a derecha: estanterías, una cajonera,*

*una silla. No hay llamas visibles, pero la moqueta humea. La cámara gira de nuevo hacia la ventana: el bombero Evans asciende por la escalera.*

OFICIAL DE CONTROL DE ENTRADA

CON RESPIRADORES:

Equipo Alfa 1, ¿algún indicio de bajas?

FLETCHER [*respirando entrecortadamente*]:

Negativo.

*Fletcher avanza hacia la puerta y sale al descansillo. La cámara se mueve a sacudidas, de lado a lado. El haz enfoca otras tres puertas y unas escaleras que conducen a la planta superior. Abajo, por el hueco de las escaleras se atisba el parpadeo de las llamas de la primera planta, chispas en el aire y el humo que asciende por las escaleras y se distribuye por el techo. Más sonidos crepitantes en el sistema de comunicaciones, ruido del agua de las mangueras mientras los bomberos, en el exterior, intentan extinguir el incendio. Fletcher avanza hasta la puerta contigua, que está entreabierta. A través del humo se aprecian pósteres de fútbol y una cama individual. La colcha no está puesta. No hay nadie en la cama. Busca en la habitación y echa un vistazo bajo la cama.*

OFICIAL DE CONTROL DE ENTRADA

CON RESPIRADORES:

Equipo Alfa 1, para vuestra información, los vecinos

informan de que hay un niño, de diez u once años, y otro más pequeño.

*Fletcher vuelve a salir al descansillo y se dirige a la puerta contigua. El humo es mucho más denso allí. Todo arde: la alfombra, las cortinas y la ropa de cama de la cuna. Fletcher se dirige corriendo hacia la cuna. Hay un niño. No se mueve. Regresa rápidamente a la primera habitación y le entrega el niño al bombero Evans, que aguarda en la escalera de mano, en la ventana. Entra una ráfaga de aire en la habitación. Se prende fuego en algunas zonas de la moqueta.*

FLETCHER:

Equipo Alfa 1 a OCER. Víctima encontrada. La estamos sacando por la escalera. Un niño. No responde.

OFICIAL AL MANDO:

Recibido, Alfa 1. La ambulancia ya está aquí.

*Fletcher regresa al descansillo seguido por el bombero Waites. Se dirige hacia lo alto de la escalera. Los bomberos Evans y Jones también han entrado en el edificio en busca de víctimas y se acercan desde el otro lado.*

FLETCHER:

¿Habéis encontrado a alguien?

*Evans niega con un gesto. Jones lleva una cámara térmica de mano. Rastrea el terreno y comienza a hacer gestos urgentes en dirección a la parte inferior de las escaleras.*

JONES:

Hay alguien ahí abajo, casi abajo del todo.

FLETCHER:

Alfa 1 a OCER. Víctima identificada a los pies de las escaleras. Podría ser el otro niño. Vamos a bajar.

*El equipo Alfa 1 desciende. El suelo del vestíbulo arde y las llamaradas avanzan en todas las direcciones. Recogen a la víctima y desandan sus pasos hasta la primera planta, donde se la entregan al equipo Alfa 2, que la traslada hasta la escalera. Ruido repentino de una explosión y derrumbe estructural mientras el fuego prende en la planta superior. Gritos de alarma por radio. Llamas visibles en la puerta del dormitorio.*

WAITES:

¡Mierda! ¡Corriente de aire! ¡Corriente de aire!

OFICIAL AL MANDO:

Evacuad, repito, evacuad.

FLETCHER [*jadeando*]:

Tiene que haber alguien más ahí dentro. Voy a volver a entrar.

OFICIAL AL MANDO:

Negativo, repito, negativo. Riesgo grave para la vida. Salid de ahí cagando leches. Repito: salid de ahí cagando leches. Equipo Alfa 1, confirmad...

*Ruido de otra explosión. La radio deja de emitir.*



Odio las Navidades. Supongo que en algún momento debieron de gustarme, de niño, pero ya no me acuerdo. En cuanto tuve edad, desaparecía de casa; cualquier excusa valía para largarme. No tenía ningún sitio al que ir, pero incluso vagar por las calles sin rumbo me parecía mejor plan que estar sentado en el salón mirándonos los unos a los otros o someterme a la tortura del enésimo especial de Navidad en la televisión. Y cuanto mayor me hacía, más odiaba esta época del año. Basura festiva y alegre desde finales de octubre hasta mucho después de Año Nuevo. «Cambiarás de opinión cuando tengas hijos –me decía la gente–. Ya lo verás. Las Navidades con hijos son mágicas». Y en efecto, así fue. Cuando tuvimos a Jake, eso fue justo lo que pasó. Lo recuerdo haciendo decoraciones asombrosas con papel, él solo, renos, muñecos de nieve y osos polares, recortando con delicadeza sus intrincadas siluetas. Y poníamos muérdago, y naranjas en el interior de los calcetines, y colgábamos guirnaldas de lucecitas blancas en el jardín. Recuerdo que un año incluso nevó y Jake se quedó sentado junto a la ventana de su dormitorio, contemplando embelesado cómo enormes copos des-

cedían suavemente describiendo espirales, demasiado livianos para caer a plomo. Así que sí, fue una época mágica. Pero ¿qué pasa cuando pierdes al niño que las hacía mágicas? ¿Qué pasa entonces? Nadie te habla nunca de eso. Nadie te explica cómo sobrellevar las Navidades que vienen «después de». Ni las siguientes, ni las siguientes de las siguientes.

Por supuesto, está el trabajo. Al menos, para mí. Aunque las Navidades son una época horrible para ser policía... Todos los delitos habidos y por haber se multiplican: robos, violencia doméstica, altercados públicos... La mayoría tienen poca trascendencia, pero la cantidad de papeleo que conllevan sigue siendo la misma, y es un infierno. La gente bebe demasiado, tiene demasiado tiempo libre y se pasa las veinticuatro horas durante varios días con las personas a quienes se supone que tiene que amar para acabar descubriendo que, en realidad, no las quiere. Y si a todo eso le sumamos que todo el mundo pide vacaciones, siempre vamos cortos de personal. Todo este rodeo para explicar por qué estoy ahora, a las 5:35 de la madrugada, de pie en una cocina gélida en las horas muertas del último tramo de las vacaciones contemplando la oscuridad y escuchando las noticias en Radio 4 mientras espero a que hierva el agua en la tetera. Hay platos sucios en el fregadero porque me da una pereza horrible vaciar el lavavajillas, los cubos de la basura rebosan porque se me pasó el día de la recogida selectiva, y el contenedor de la orgánica está volcado en el caminito lateral; quizá haya sido el gato del vecino, aunque es más probable que haya sido el zorro que he divisado un par de veces últimamente de

madrugada en el jardín. Y si te preguntas qué hago despierto a esta hora intempestiva, pues, bueno, no te lo tendrás que preguntar demasiado.

En la radio empieza a sonar *La oración del día*, y yo la apago para no escucharla. No me va todo ese rollo religioso. Y desde luego, no a estas horas de la madrugada. Cojo mi teléfono móvil, dudo un momento, y luego hago la llamada. Y sí, sé que no son horas, pero no creo que vaya a despertarla. Apaga el teléfono por la noche. Como un ser humano normal.

Escucho los cuatro tonos predecibles, el clic y esa voz femenina poco humana que me informa de que la persona a quien llamo no está disponible. Y luego la señal del contestador.

—Alex... soy yo. Nada grave. Solo quería comprobar que estabas bien. Que te está ayudando. Me refiero a lo de tener tiempo para pensar. Como dijiste.

¿Qué tendrá esto de hablar con máquinas que hace que personas supuestamente inteligentes se expresen como lerdos? Hay una mancha marrón pegajosa en la encimera que no recuerdo haber visto ayer. Empiezo a rascarla con la uña del dedo gordo.

—Saluda a tu hermana de mi parte. —Una pausa—. Bueno, ya está. Llámame, ¿vale? —Escucho el silencio. Sé que es imposible, pero una parte de mí espera que me esté escuchando—. Te echo de menos.

«Te quiero».

Debería haberlo dicho, pero no lo he dicho. Estoy intentando no recordar cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez que hablamos. ¿Hace una semana? Más. Creo que fue el día después de San Esteban. Yo te-

nía la esperanza de que con el Año Nuevo las cosas cambiarían. De que sería un punto de inflexión para poder dejarlo todo atrás, como si un cambio completamente arbitrario en la numeración de los días pudiera influir lo más mínimo en sus sentimientos. Y en los míos.

El agua hierve y rebusco el café en el armario. Lo único que queda es el tarro del café instantáneo barato que Alex tiene para los fontaneros y los decoradores. Las capsulitas esas tan finolis se acabaron hace días. Fue Alex quien se encaprichó con esa cafetera. El café instantáneo barato se ha apelmazado. Cuando me estoy acabando de servir la segunda taza, suena el teléfono.

—¿Alex?

—No, jefe. Soy yo, Gislingham.

Noto el rubor en mis mejillas. ¿Le he debido de sonar tan desesperado como me lo ha parecido a mí?

—¿Qué ocurre, Gis?

—Perdone por llamarlo a estas horas, jefe. Estoy en Southey Road. Ha habido un incendio esta madrugada. Todavía están intentando controlarlo.

—¿Hay víctimas?

Pregunto aunque ya sé la respuesta. Gis no me llamaría a las 5:45 de la mañana si no las hubiera.

Oigo que toma aire.

—De momento, solo una, jefe. Un niño pequeño. También hay otro algo mayor, pero han conseguido sacarlo a tiempo. Está vivo... de milagro. Lo han trasladado al John Rad.

—¿Y no hay rastro de los padres?

—De momento, no.

—¡Joder!

–Sí, lo sé. Estamos intentando que la prensa no se entere, pero es cuestión de tiempo. Lamento sacarlo de la cama, de verdad, pero creo que debería venir...

–Estaba despierto. Voy para allá.

\* \* \*

En Southey Road, Gislingham guarda el teléfono en el bolsillo. No tenía claro si llamar. Aunque nunca lo confesaría en voz alta y se siente culpable solo de pensarlo, Fawley no ha estado en su mejor forma últimamente. No es solo que haya estado irascible, aunque también, sino distraído, preocupado. No acudió a la fiesta de Navidad en la comisaría, pero, como siempre está diciendo cuánto odia las Navidades, eso tampoco tenía por qué significar nada. Por otro lado, corre el rumor de que su mujer lo ha dejado y, a juzgar por cómo lleva planchadas las camisas, es una posibilidad. No es que la camisa de Gislingham esté mucho mejor, pero en su caso nunca lo están, porque es él mismo quien se encarga de plancharlas, y aún no ha aprendido a planchar el cuello.

Se da media vuelta y regresa por el camino que conduce hasta la casa. Las llamas se han apagado, pero bomberos con respiradores siguen arrojando chorros de agua que penetran por las ventanas dibujando arcos y envían inmensas ráfagas de espeso humo al oscuro cielo. Se respira un aire denso a causa del hollín. Y huele a plástico quemado.

El oficial al mando se le acerca, sus botas crujendo en la gravilla.

–Extraoficialmente, es casi seguro que se trata de un incendio provocado, pero el equipo de investigación aún tardará un tiempo en poder entrar. Parece que empezó en el salón, pero el techo se ha hundido por completo, así que no puedo asegurarlo.

–Entonces, ¿es posible que haya más víctimas?

–Podría ser. Pero hay tres plantas de escombros en ese lado. Solo Dios sabe cuánto tardaremos en examinarlas todas. –Se quita el casco y se enjuga la frente con el dorso de la mano–. ¿Se sabe algo ya del niño?

–Todavía no. Uno de mis colegas lo ha acompañado en la ambulancia. En cuanto sepa algo, se lo haré saber.

El bombero hace una mueca. Conoce las probabilidades: hace mucho tiempo que se dedica a esto. Bebe un sorbo de agua.

–¿Dónde está Quinn? ¿De vacaciones?

Gislingham niega con la cabeza.

–Este caso es mío. Soy el sargento en funciones.

El bombero arquea una ceja.

–Había oído que Quinn estaba metido en un buen lío. Pero no imaginaba que fuera tan gordo.

Gislingham se encoge de hombros.

–No soy quién para hablar de eso.

El bombero le clava sus punzantes ojos azules un instante.

–Se tarda un tiempo en acostumbrarse, ¿verdad?

–dice al final–. A estar al cargo, quiero decir. –Luego arroja la botella de agua al suelo y se dirige hacia el camión de bomberos. A su paso, le da unas palmaditas en el brazo a Gislingham y le dice–: ¡A por ello, amigo!

Hay que aprovechar las oportunidades que nos da la vida. Ningún cabrón lo hará por ti.

Que es, más o menos, lo que su mujer le dijo cuando le comunicó la noticia. Eso y que era Quinn quien se había metido en aquel lío, él solito, y que a ellos les iría bien el dinero extra ahora que Billy se estaba haciendo mayor. Además, ¿qué le debía él a Quinn? Gislingham, sabiamente, había decidido interpretar esta pregunta como meramente retórica.

Echa un vistazo a su alrededor un momento y acto seguido se dirige hacia el uniformado que se encuentra de pie tras la cinta policial. Hay curiosos en la carretera, pero, debido a la hora que es y al frío que hace, están muy desperdigados. Aun así, Gislingham reconoce a un periodista del *Oxford Mail* que lleva intentando captar su atención, sin éxito, desde hace diez minutos.

Se vuelve hacia el agente.

—¿Han empezado ya los interrogatorios puerta a puerta?

—Los están haciendo ahora, sargento. Hemos conseguido dar con tres personas. No es mucho, pero...

—Sí, ya lo sé. Todo el mundo está de vacaciones.

Un coche se detiene en la calle y alguien sale del vehículo. Camina con brío, con aire oficial, mostrando una credencial con orgullo. Y no es lo único de lo que se enorgullece. Gislingham respira hondo. Es el coche de Quinn.

\* \* \*

## Oxford Mail online

Jueves, 4 de enero de 2018

Última actualización: 08:18 h

### **Un incendio en una vivienda de Oxford deja una víctima mortal**

Un niño de tres años ha fallecido después de que un incendio quemara una casa eduardiana de siete habitaciones en Southey Road esta madrugada. Aún se desconocen las causas del siniestro, pero el Servicio de Extinción de Incendios y Salvamento de Oxfordshire colabora codo con codo con el equipo forense de la policía para determinar exactamente cómo comenzó. Una segunda víctima, identificada por los vecinos como el hermano mayor del niño de tres años, fue trasladada en ambulancia al hospital John Radcliffe, afectada por una supuesta inhalación de humo.

La presencia de los servicios de emergencia en la vivienda se requirió poco después de las 00:40 horas, cuando una vecina vio llamas saliendo por una ventana de la planta baja. Patrick Moreton,

### **Niño de 15 años arrestado tras un apuñalamiento en Blackbird Leys**

La policía interroga a un adolescente tras el apuñalamiento mortal del joven Damien Parry, de 16 años, la noche de Fin de Año.../Seguir leyendo

### **Se esperan alteraciones en el transporte por la previsión de nevadas la próxima semana**

La Oficina Meteorológica ha emitido una alerta climática ante la previsible llegada de tormentas de hielo procedentes de Siberia la próxima semana.../Seguir leyendo

### **El Ayuntamiento anuncia nuevas medidas para reducir la contaminación del aire en Oxford**

El Ayuntamiento de Oxford está decidido a implantar un nuevo programa pionero para reducir las emisiones de diésel en las zonas residenciales.../Seguir leyendo



jefe de la estación de bomberos de Rewley Road, explica que el incendio estaba muy avanzado cuando su equipo llegó a la escena y que se tardaron cuatro horas en controlarlo. Asegura que es demasiado pronto para saber si las decoraciones navideñas inflamables podrían haber avivado las llamas, si bien añade: «Sirva esto como recordatorio de la conveniencia de adoptar las precauciones de seguridad oportunas cuando se utilizan decoraciones como velas y materiales inflamables como guirnaldas, así como de la necesidad de comprobar los detectores de humo al menos una vez a la semana».

La policía de Thames Valley ha declinado hacer ningún comentario sobre si los dos niños estaban solos en la vivienda.

*65 comentarios*

**Jane Elliott Cornwallis**

¿Se me escapa algo o los padres no estaban en casa? ¿Habían dejado a los niños solos a esa edad? Me faltan las palabras, de verdad.

**111chris\_the\_bliss**

Probablemente estuvieran de fiesta emborrachándose. Serán de esos que les ponen una ginebra delante y se pierden...

**El Oxford United se impone 3 a 1 al MK Dons**

Thomas, Van Kessel y Obika anotan en un vibrante partido en casa.../  
*Seguir leyendo*

**ernest\_payne\_gardener22**

He pasado por la casa hace una hora. Estaba completamente derruida por un lado. Es posible que haya más cuerpos bajo los escombros. Dad tiempo a que la policía haga su trabajo, por favor.

**Josephyosef88188**

Ojalá más gente fuera consciente del riesgo de incendio que comporta la decoración navideña. Fui bombero durante 30 años y he visto incidentes absolutamente espantosos.

\* \* \*

Al poner el intermitente para girar a la izquierda por Banbury Road recuerdo exactamente dónde está Southey Road. Tres bocacalles al norte de Frampton Road. La misma Frampton Road de William Harper y de lo que encontramos encerrado en su sótano. Los diarios lo apodaron «El Fritzl de Oxford». Al menos, al principio. Hace ya ocho meses de eso, pero yo seguía en los tribunales en diciembre y el expediente sigue sobre mi mesa, a la espera de ser relegado a los archivos. Ninguno de nosotros lo olvidará fácilmente. Y Quinn menos que nadie. El subinspector Quinn entonces, el detective Quinn ahora. Y hablando del rey de Roma, su flamante Audi negro es lo primero que veo al aparcar en la calle y apagar el motor. La verdad es que siempre ha sido un poco fanfarrón en cuanto a coches se refiere. Sería incapaz de decir qué vehículo conduce Gislingham y debo de haber visto su puñetero coche mil veces. Por lo que respecta a la escena, el incendio tal vez esté bajo control, pero el lugar sigue siendo un circo. Dos camio-

nes de bomberos y tres coches patrulla. Entrometidos. Gente haciendo fotografías con sus teléfonos móviles. Gracias a Dios que el coche de la funeraria no está aparcado a la vista.

Quinn y Gislingham están junto a la casa y se giran hacia mí al verme caminar hacia ellos. Quinn patea el suelo con los pies para entrar en calor, pero, por lo demás, su lenguaje corporal transmite, como mínimo, incomodidad. Se lanzó a ser subinspector como un perro al agua, sin dudarle, chapoteando alegremente, pero le está costando mucho más volver a ser un simple detective. Todo el mundo lo sabe: ascender es fácil, descender es otro tema. Está intentando echarle pelotas, eso es evidente, pero fue precisamente esa parte de su anatomía la que lo metió en problemas. Veo que la idea de quedarse ahí atascado le reconcome, pero Gislingham merece la oportunidad de demostrar que está a la altura del puesto. Me vuelvo hacia él, quizá de un modo demasiado deliberado.

—¿Alguna novedad, subinspector?

Gislingham se tensa un poco y saca rápidamente su cuaderno de notas, aunque estoy seguro de que no lo necesita. Le tiemblan las manos, muy levemente. Sospecho que Quinn también se ha percatado de ello.

—La casa pertenece a una familia apellidada Esmond, señor. Michael Esmond, de cuarenta años, es académico. Su esposa se llama Samantha, tiene treinta y tres años, y luego están los dos niños, Matty, de diez, y Zachary, de tres.

—¿Cómo está? El crío mayor, digo...

—Su vida pende de un hilo. Está muy mal.

–¿Y sigue sin haber rastro de los padres?

Gislingham hace un mohín.

–El dormitorio de matrimonio está ahí –explica, señalando hacia el lado izquierdo de la casa–. Está prácticamente intacto, pero no hay rastro de persona alguna. Los bomberos dicen que la cama estaba intacta. He buscado a la familia en Google y he encontrado esto.

Me entrega su teléfono. Es una página del sitio web del King's College de Londres donde se anuncia una conferencia sobre antropología social que está teniendo lugar en estos momentos en la capital. Uno de los ponentes es Michael Esmond: «Muerte con fuego y agua: prácticas rituales de sacrificio en el vudú latinoamericano». ¿No dicen que la coincidencia es la manera de Dios de permanecer en el anonimato? Pues, si es así, debo añadir que a veces tiene muy mal gusto.

Le devuelvo el teléfono a Gis.

–Llámalos y confirma si se ha presentado. Al menos, eso supondría que tenemos un cuerpo menos que buscar.

–Aguanta la salsa barbacoa, ¿eh? –dice Quinn.

Le lanzo una mirada que le borra la estúpida sonrisita de la cara y me vuelvo de nuevo hacia Gislingham.

–¿Cuál es el plan?

Parpadea un par de veces.

–Localizar a Michael y Samantha Esmond, y establecer su paradero en el momento del incidente. Llevar a cabo un interrogatorio inicial puerta a puerta por si acaso alguno de los vecinos ha visto algo. Hablar con Boddie acerca de la autopsia. Identificar e informar a los familiares más cercanos. Y ponernos en contac-

to con los forenses de los bomberos. –Señala al otro lado del camino de entrada–. Y buscar el coche, por supuesto.

Quinn se vuelve para mirarlo.

–¿Qué coche?

Gislingham arquea las cejas.

–Hay huellas de ruedas en la gravilla. Claras como el agua. Es evidente que los Esmond tienen un coche. Pero ¿dónde está? Nadie en su sano juicio conduciría desde aquí hasta Londres, así que supongo que, si localizamos el coche, encontraremos a la mujer.

Huelga decir qué acciones acaban de subir su cotización en bolsa.

Asiento con la cabeza.

–Buen trabajo, subinspector. Manténme al corriente.

Me vuelvo hacia Quinn, que se ha acercado un metro a la casa, seguramente pensando que, si no puedes con el enemigo, lo mejor es poner tierra de por medio. No es una casa de mi agrado, pero, si te gustan este tipo de viviendas, supongo que es una buena propiedad. O mejor dicho, lo era. Ahora mismo, un chorro de agua mugrienta cae por la fachada y no queda ni una sola ventana entera en la planta baja. Es una casa unifamiliar con doble fachada, pero la parte de la derecha es ahora poco más que una carcasa. El frontón sigue en pie, pero de milagro, y no queda nada tras él, salvo paredes ennegrecidas y un amasijo de ladrillos, vigas de techo de madera y vidrio hecho añicos. El resto es yeso grueso recubierto de trozos de madera Tudor que en su día debieron de ser blancos pero que ahora están calcinados y manchados de hollín. Se consigue descifrar

«1909» encima de una de las ventanas. Y una pegatina del Arsenal todavía cuelga de un vidrio roto.

–¿Qué piensas? –le pregunto a Quinn, provocándole un ligero sobresalto.

–Pues cosas obvias, jefe. ¿Cómo puede un académico costearse una casa tan grande en esta zona...? ¿Cuánto cree que puede costar esto? ¿Cinco millones?

Más, diría yo. En esta zona, las casas se dividen en grandes, pequeñas, grande-pequeña y pequeña-grande. Y esta podría calificarse sin problemas como grande. Grande-grande.

–El dinero podría venirles de familia –aduzco yo–. Pero merece la pena comprobarlo.

–¿Por qué no te encargas de hacerlo tú, Quinn? –propone Gislingham.

Quinn se encoge de hombros.

–De acuerdo.

Y al alejarme escucho a Gislingham decir por lo bajo, con retintín:

–De acuerdo, *subinspector*.

\* \* \*

A las 07:05 horas, la detective Erica Somer está de pie mirando fijamente su armario ropero, intentando decidir qué ponerse. Solo lleva tres meses en la Unidad de Investigaciones Criminales y escoger la ropa adecuada se convierte en un suplicio mayor cada día que pasa. No le gustaba llevar uniforme, pero tenía sus ventajas. La principal, claro está, es la uniformidad. En cambio, ahora que lleva «ropa de calle», la mejor manera de conseguir

esa uniformidad es llevar la ropa menos de calle posible. ¿Cómo consigue una, se pregunta por enésima vez, con la vista clavada en la hilera de perchas, parecer seria pero no desaliñada? ¿Profesional pero accesible? Es una pesadilla. Suspira. En esto, como en tantas otras cosas, los hombres lo tienen más fácil. Un traje de Marks & Spencer y tres corbatas y listo. Baxter es la prueba viviente de ello. Verity Everett ha dado con un estilo propio combinando una camisa blanca con una falda oscura, y rara vez lo varía. Un día azul marino, otro negra, otro gris y de nuevo azul marino. Zapatos planos y una chaqueta de punto en invierno. Pero, para vestir así, podía haber seguido vistiendo de uniforme perfectamente. ¿Y qué decir del pelo? ¿Es demasiado frívolo recogérselo en una coleta? ¿Llevar un moño te hace parecer una institutriz?

Acaba de sacar el traje pantalón negro (será la tercera vez que se lo ponga en cinco días y, si se descuida, acabará por convertirse también en un uniforme), cuando le suena el móvil. Es Gislingham. Gislingham le cae bien. No es descarado (como Quinn) ni talentoso (como Fawley), pero es eficiente. Y metódico. Y trabajador. Y decente. Sobre todo, decente. Somer espera de verdad que consiga ganarse el respeto como subinspector; se lo merece.

—¿Qué puedo hacer por usted, subinspector?

—Estoy en Southey Road. —Debe de hacer viento; las ráfagas le entrecortan la voz—. Ha habido un incendio. Tenemos un muerto y un crío en cuidados intensivos en el John Rad.

Somer se sienta en la cama.

—¿Intencionado?

–Todavía no lo sabemos. Pero parece probable.

–¿En qué puedo ayudar?

–Con esto de las Navidades, nos falta personal sobre el terreno... Baxter se está encargando de ir casa por casa, pero solo tenemos a tres uniformados disponibles.

Somer sabe de qué habla y sabe que es un trabajo de mierda. Sobre todo con el tiempo que hace. Espera con todas sus fuerzas que no le pida que arrime el hombro. Y seguramente él se haya dado cuenta, porque se apresura a añadir:

–Pero no te llamaba por eso. Estoy atrapado aquí y Everett no regresa hasta esta tarde. ¿Te podrías encargar tú de la autopsia?

«¿Por qué no se encarga Quinn de eso?», se pregunta Somer. Pero no lo dice. Somer tiene su propia historia con Quinn, una relación desacertada, pero por suerte breve, que teme que demasiadas personas conozcan. En especial, Fawley.

–Claro. Ningún problema.

–¿Alguna vez te has ocupado de un caso de quemaduras?

Somer duda.

–Pues no, la verdad es que no.

Somer solo ha asistido a una autopsia, de hecho, y era un apuñalamiento. Bastante duro, pero nada que ver, en comparación.

–Siempre hay una primera vez –dice Gislingham–. Estarás bien. –Duda un instante y añade–: Llévate unos caramelos de menta.

\* \* \*



*Interrogatorio a Beverley Draper, realizado en  
Southey Road, 21, Oxford  
4 de enero de 2018, 08:45 h  
Interroga el detective A. Baxter*

AB: Tengo entendido que fue usted quien llamó a emergencias, señora Draper. ¿Es así?

BD: Sí, fui yo. Mi hijo me despertó. Tenía una pesadilla. Su dormitorio da a ese lado. Escuché un ruido... como de cristales rotos. Pensé que podía tratarse de un ladrón, así que descorrí la cortina. Fue entonces cuando vi las llamas. Recuerdo pensar que el fuego debía llevar ardiendo un rato para ser tan grave, pero hay tantos árboles que la casa no se ve desde la carretera. Supongo que nadie se dio cuenta.

AB: ¿Y llamó usted a los servicios de emergencia a las 00:47 horas?

BD: Así es.

AB: ¿No vio a nadie cerca de la casa... o huyendo?

BD: No. Tal como le he dicho, estaba dormida hasta que Dylan me despertó. ¿Sabe cómo se encuentra... la familia?

AB: No podemos revelar ninguna información por el momento.

BD: He visto que se han llevado a Matty en ambulancia, pero en Internet dicen que Michael y Samantha están desaparecidos. Pero eso es imposible, ¿verdad? Quiero decir que...

AB: Como le he dicho, haremos un comunicado oficial a su debido tiempo. ¿Puede explicarme lo que

sepa de la familia? ¿Sabe si pasaron aquí las Navidades y el Año Nuevo? ¿O si se marcharon a visitar a la familia? ¿O a esquiar, tal vez?

BD: No creo que esquíen. Y sí, han estado aquí. La escuela organizó un concierto de villancicos en Nochebuena y acudieron todos.

AB: ¿Sabe si tenían visitas? ¿Si es posible que hubiera alguien más en la casa anoche?

BD: Pues... no estoy segura...

AB: Solo necesitamos saber si es posible que hubiera alguien más. Familiares quizá. Tómese el tiempo que necesite.

BD: [Pausa]. Si le soy sincera, por lo que yo he podido comprobar, no son mucho de celebraciones. Cuando se trasladaron, los invitamos a cenar, como suele hacerse, y Samantha dijo que me propondría algunas fechas, pero nunca llegamos a hacerlo. El verano pasado dimos una fiesta en el jardín y sí que vinieron, pero creo que fue por pura formalidad. No se quedaron mucho rato.

AB: ¿Y qué puede decirme de la familia?

BD: El padre de Michael está muerto, eso lo sé, y creo que su madre está en una residencia. Cerca de Wantage, diría. Nunca he oído a Samantha hablar de su familia.

AB: Creemos que la familia tiene un coche, pero no estaba en la casa.

BD: Sí, sí, claro que tienen un coche. Un Volvo clásico. Bastante viejo. Blanco. Pero no sé por qué no está en el camino de acceso. Normalmente lo aparcan ahí.

AB: ¿No sabe adónde habría podido ir Samantha?  
BD: Entonces, es verdad que está desaparecida...  
AB: Como le he dicho, no podemos hacer comentarios...  
BD: Tranquilo. Lo entiendo. Pero no, me temo que no tengo ni idea.  
AB: ¿Y se le ocurre alguien más con quien podríamos ponernos en contacto?  
BD: Lo lamento, pero no somos ese tipo de vecinos.

\* \* \*

El aire en la morgue es incluso más frío que en el exterior. Somer lleva dos jerséis debajo de la bata; Everett le recomendó que se pusiera esa capa extra («Una vez te empiecen a castañetear los dientes, no podrás hacer nada»). El cadáver está sobre una camilla metálica. Es el del niño pequeño. Zachary. Es consciente de que ponerle nombre solo lo hará todo mucho peor. Aún tiene pegados a la piel jirones de manta azul, pero, por debajo, las lesiones son horrendas. Su cuerpo tiene un escabroso color amarillo moteado y está lleno de ampollas rojas y de bultos negros como el hollín, carbonizado. Tiene la cabeza girada, sus suaves rizos de bebé chamuscados, los labios hundidos y cerosos. Somer respira hondo y emite algo demasiado parecido a un sollozo. Uno de los ayudantes la mira desde el otro lado de la camilla.

—Lo sé. Siempre es el doble de horrible cuando se trata de un niño.

Somer asiente con la cabeza; no confía en poder articular palabra. Ahora mismo, lo único en lo que puede pensar es en el olor. Ha visto reconstrucciones suma-

mente realistas en autopsias en televisión, pero no estaba preparada para el hedor. Incluso con la mascarilla puesta, el cuerpo huele a cerdo asado. Agradece mentalmente a Gislingham por los caramelos de menta y traga saliva, esforzándose por no perder la compostura.

–Nuestra prioridad –explica Boddie– será confirmar si la víctima estaba o no viva antes de que comenzara el incendio. Al no haber lesiones externas aparentes, examinaré la tráquea y las vías respiratorias internas en busca de pruebas de inhalación de humo. –Agarra un bisturí y la mira desde el otro lado de la camilla–. ¿Empezamos?

\* \* \*

Gislingham sigue en Southey Road. El bajo sol invernal proyecta un intenso fulgor rosado sobre los restos de la casa. Hay escarcha en el aire, pero, pese al frío, la multitud sigue agolpándose en la carretera. Ahora debe de haber unas veinte personas, con bufandas, guantes y abrigos gruesos; el vaho que sale de sus bocas resulta visible en el frío ambiente. Pero probablemente no permanezcan ahí demasiado tiempo: ahora hay mucho menos que ver. Uno de los camiones de bomberos ya se ha ido y los bomberos que quedan están humedeciendo las últimas zonas del incendio y volviendo a guardar el equipo en el camión. Dentro, en cambio, el asunto es muy distinto. Además de tres integrantes del equipo forense de Alan Challow, hay dos oficiales de investigaciones de incendios, uno de ellos con una videocámara. El otro está en el *office*, totalmente chamuscado, con

Gislingham y Challow. La mesa y las sillas de madera gruesa siguen humeando y virutas de hollín se elevan hasta el techo. El agua se filtra por todas partes y, a través de las vigas, se ve la habitación superior. Papel pintado de Winnie the Pooh. El esqueleto de un móvil de cuna. Gislingham elude mirarlo.

–Necesitaremos hacer análisis adicionales para estar seguros –comenta uno de los oficiales de investigaciones–, pero, tal como he dicho, apuesto lo que sea a que se inició en el salón. Eso explicaría el retraso en la llamada al servicio de emergencias. No hay nadie que vea la casa desde la fachada posterior y, según hemos averiguado, los vecinos de ese lado están de vacaciones.

–¿Y está convencido de que fue provocado?

El bombero asiente con la cabeza.

–A juzgar por la velocidad y por la propagación, tuvo que usarse algún tipo de acelerante, al cual sin duda le fue de gran ayuda el puñetero árbol de Navidad. Debió de encenderse como una bengala. A estas alturas, debía de estar ya más seco que un ripio y debió de prender como una pila de leña. Después de eso, fue cuestión de tiempo que estallara, y la casa entera ardió.

–¿Cuánto tiempo tuvo que llevar eso? –pregunta Gislingham, tomando notas con frenesí.

El bombero se endereza.

–¿En alcanzar el punto de deflagración? Tres minutos. Puede que menos. –Señala hacia las escaleras–. A juzgar por el grado de carbonización, supongo que además tenían guirnaldas enrolladas a los pasamanos, de muérdago o algo así, y huelga decir que a estas alturas debían de ser pura yesca seca. Poco menos que una

mecha. El momento no podía ser más inoportuno. Me refiero a que seguramente tuvieron pensado quitar la decoración pasado mañana, ¿no?

Gislingham lo mira con cara de póquer y luego exclama:

—¡Ah, claro! Después de la Noche de Reyes... ¡Caray! Lo había olvidado.

Su propia casa está engalanada como unos grandes almacenes. Janet quería hacer algo especial para las primeras Navidades de Billy en casa. Gislingham se pasará en vela toda la noche.

\* \* \*

Verity Everett cuelga el teléfono y se recuesta en su silla. En parte había previsto regresar a una oficina casi vacía, donde apenas quedaran los tristes restos de los dulces navideños. Pero su trabajo siempre le guarda sorpresas. Y, para ser sincera, tras varios días de Padre Ininterrumpido, casi se siente aliviada de estar de vuelta. Su piso no es lo bastante grande para los dos. Sobre todo porque él parece estar en un hotel, deja tazas vacías por todas partes y no hace la cama nunca (su cama, la de ella, por cierto; Verity ha tenido que apañarse con el futón, que está teniendo un efecto predecible tanto en su dolor de cabeza como en su disgustado gato). Pero mañana su padre regresa a su casa, y hoy ella regresa a su sitio. Al trabajo. Revisa la estancia en busca de Gislingham, pero es evidente que aún no ha vuelto de Southey Road. Por mucho que deteste desobedecer sus órdenes, esto no puede esperar.